

¿Pide limosna la Universidad?

Alejandro Carrillo

En 1931 Alejandro Carrillo Marcor (1908-1998) estudiaba derecho en la Universidad. Tres años después obtendría el título de abogado, y su vida estaría estrechamente ligada a la institución, como profesor, funcionario, y fundador de la preparatoria Gabino Barreda; también se vincularía a la vida política del país como fundador de la CTM, representante popular y gobernador sustituto de Sonora (1975-1979)

Desde el primer número de la revista *Universidad de México*, su director Julio Jiménez Rueda hizo un llamado para que en sus páginas escribieran lo mismo maestros que alumnos. Alejandro Carrillo decidió colaborar en ella, y lo hizo en un momento crucial.

Las tensiones existentes entre el gobierno emanado de la Revolución y la Universidad se profundizaron como consecuencia de la promulgación de la autonomía universitaria el 9 de julio de 1929. El presupuesto que por ley la institución debía recibir se volvió un punto de confrontación. Vista como cuna de la tradición intelectual, la existencia misma de la Universidad parecía intolerable a quienes se pensaban a sí mismos como representantes de la Revolución; estrangularla económicamente era una tentación latente que poco a poco iba cobrando forma en discursos oficiales.

A esta idea respondió Carrillo hacia finales de 1931 con el presente artículo.

Los regímenes capitalistas sufren una crisis que tiene todas las probabilidades de transformar, medularmente, los sistemas económicos-sociales a los que sirve de estructura el viejo liberalismo económico. México, pueblo-mercado desde el punto de vista de los intereses industriales y financieros del mundo, sufre las consecuencias coloniales que le impone *Wall Street*, al que está obligado por su organización individualista, y se prepara por medio de su gobierno, a resolver el grave problema motivado por el desequilibrio de las finanzas nacionales. Problema que habrá de resolverse siguiendo la vieja táctica mexicana consistente en aumentar impuestos y reducir los gastos de las diversas dependencias administrativas.

Y al faltar dinero en las oficinas gubernamentales, faltará también en la Universidad Nacional Autónoma de México desde un punto de vista muy especial, pues que económicamente está tan sujeta al gobierno federal, como lo está, pondré por caso, la secretaría particular del presidente de la República. Esta interdependencia forzosa y forzada, del organismo representativo de la cultura con el poder público, tiene grandes desventajas, dado que las labores políticas y las culturales persiguen fines que, a veces, son bien distintos.

Se ha discutido ampliamente cuál deberá ser el papel que se encomiende a la Universidad dentro de la vida nacional; se ha

dicho que en México no existe la "alta cultura", hija ésta de las genuinas instituciones universitarias. Muchas cosas se han dicho —algunas con razón y otras sin ella— acerca de este asunto, del que me propongo tratar en ocasión más propicia. Lo que ahora me interesa y que nadie podrá negar, es el hecho de que en México hacen falta lugares dedicados al estudio y a la preparación de los jóvenes que llegamos hoy a la vida sin tener a la vista sonriente perspectiva de movimientos revolucionarios que, por lo general, exigen más de la audacia y de la buena fortuna que del talento y la preparación.

Y si las circunstancias exigen de los hombres mozos de hoy una mayor dosis de preparación para triunfar en la vida, justo es que esta preparación pueda encontrarse, sin que importe mucho ni poco el nombre de los lugares destinados a ella, pues que al fin y al cabo nuestra actual Universidad —hay que confesarlo con dolor— no pasa de ser un conjunto de escuelas profesionales sin vínculo alguno que las unifique ni en el ideal ni en la voluntad. Y esto no significa que desconozca yo los esfuerzos que se han hecho —labor digna de aplausos— para terminar con esta raquítica existencia universitaria. Su razón de ser está en factores que encajan más hondamente: el régimen de arcaico liberalismo económico en que vivimos, que hace de cada facultad universitaria una verdadera fábrica de títulos

profesionales —garantía éstos de consideraciones y facilidades burguesas—, por una parte, y por otra, nuestro tantas veces lamentado individualismo anárquico, han impedido hasta hoy hacer de nuestra casa universitaria un núcleo con ideales y sentimientos semejantes, que busquen de realizarse empujados a ello por la voluntad de los jóvenes.

Pero hablaba de preparación para la lucha por la vida. Quien dice preparación dice técnica, y para que ésta no sea empírica, primitiva, debe basarse en la ciencia. Y la Universidad tiene, como misión importantísima, el estudio y la divulgación de las diversas ramas en que el saber humano ha dividido la ciencia. Decir que el problema de México es problema de técnica exclusivamente, sería falsear el diagnóstico; pero negar que la carencia de verdaderos técni-

Tomado del Tomo III. Diciembre de 1931. No. 14 p. 137-140. Revista *Universidad de México*.



cos —en la agricultura, en la industria, en el comercio— es en gran parte responsable de nuestra precaria situación como pueblo que desea ser independiente, sería falso también. Y si la ciencia es indiscutiblemente producto de la cultura, y ésta tiene su sede principal —humilde, pobre, mala, como sea— en la Universidad Nacional Autónoma de México, resulta que es obligación de la más importante casa universitaria mexicana preparar verdaderos hombres de ciencia, investigadores cuidadosos que han de proporcionar, más tarde, las bases sobre las cuales se levante el arma más poderosa de los tiempos nuevos: la técnica.

Decía ya que la técnica, por sí sola, no basta; precisa el dato moral para completar el cuadro. En México, el momento actual es de aquellos que piden con urgencia una nueva estructuración moral —de verdadera, de genuina moral y no de “moralitas” elásticas y fáciles— en los hombres y en las instituciones. Y si con Spengler se acepta que la cultura es, fundamentalmente, “creación de valores artísticos, científicos, religiosos, morales”, a la Universidad de México, centro cultural, corresponde emprender la tarea que ha de terminar con esta angustiada falta de valores morales en nuestro país. Si la técnica, aspecto material, encaja dentro de una nueva y auténtica altura moral, la solución al problema mexicano no estará muy lejana.

Pero éste es sólo el aspecto interno de la cuestión. Desde un punto de vista que bien podría considerarse integral, pues que abarca fases de carácter interior y exterior, precisa entender la importancia que los centros culturales universitarios significan para México. Colocados, como lo estamos, a las puertas del pueblo industrial más poderoso y voraz de la tierra, tenía que llegar el momento en que nuestra economía fuese sólo un apéndice del absorbente organismo estadounidense. Y ese momento, lo sabemos todos, ha llegado ya; las fuentes de riquezas que interesaban a *Wall Street*, están todas en su poder. Réstanos sólo la riqueza *hombre*, que casi estamos próximos a perder. ¡Tanta es hoy la influencia de las gentes del norte! Evitar esta postre pérdida, levantar inteligentemente un valladar espiritual entre las gentes que todo lo miden con el dólar y nosotros, que afortunadamente seguimos creyendo en la supremacía del Espíritu y de las fuerzas morales, es

labor, y muy importante, que debe encomendarse a los centros universitarios.

Si, pues, conocemos los problemas que en nuestro pueblo está llamada a resolver la cultura, debemos estar de acuerdo, por lo menos, en que es necesario proteger su desarrollo y cuidar de su existencia precaria. Y si la cultura —alta, media o baja— tiene ya su casa oficial, con tradiciones más o menos gloriosas, justo es que a ella llegue nuestra ayuda. Ayuda que deberá ser ampliamente generosa. La Universidad Nacional, casa oficial de la cultura en México, debe recibir todo el apoyo de las gentes conscientes que, dentro y fuera del gobierno, se preocupan por las cosas nuestras.

Los que más hemos criticado lo que de malo existe en la Universidad, pedimos ahora con vehemencia que se le auxilie y proteja. Si hemos fustigado a los universitarios que no cumplían con su deber; si alguna vez dijimos que urgía la reforma de la Reforma Universitaria, lo hemos hecho porque sabíamos que la obra no era imposible. Pero nosotros jamás hemos ofrecido como panacea para los males universitarios la penuria y la miseria de la Universidad.

La Universidad Nacional Autónoma de México, creación forjada al calor de los entusiasmos generosos de jóvenes, no desprovista de pequeñas ambiciones de gente mezquina que poco a poco, pero resueltamente, ha sido eliminada de la estructura universitaria, debe conservar incólume el subsidio que le otorga la ley que la creó en 1929. De ser esto imposible por la difícil situación económica por la que atraviesa la República, al igual que todas las naciones capitalistas, deberá hacerse los mayores esfuerzos por reducir lo menos posible el subsidio de la Universidad, pues que muy pocas son, si acaso alguna, las instituciones que en este momento de crisis —económica, espiritual y moral— están llamadas, como ella, a un desarrollo tan trascendental.

Pero aun en el caso de lograr, como esperamos, que la Universidad reciba íntegra la cantidad que necesita para hacer frente a los gastos señalados en su presupuesto, los esfuerzos para allegarse recursos para la casa universitaria no deben parar ahí. Si han de resolverse los problemas de trascendencia

nacional que la Universidad tiene ante sí, la suma que el Presupuesto de Egresos le señala no alcanza. Por ello precisa buscar la ayuda de todos, sobre todo de los profesionistas, para realizar la obra urgente.

Y llegar a los profesionistas significa ir a ellos para recordarles un deber y una obligación: la que tienen contraída con la casa de estudios que les formó y les otorgó el título por medio del cual algunos han logrado hacer fortunas respetables. Ahora que nuestra Universidad —vilipendiada, ultrajada, discutida, pero nuestra al fin y por ello amada— emprende su campaña de salvación económica, es necesario precisar la posición de aquellos que creen ofrecerle una limosna cuando dan a su antigua casa universitaria unos cuantos pesos.

Para mí que este asunto es fundamentalmente una cuestión moral. Cuando un individuo, hijo espiritual de la Universidad, que ha sido por ella preparado y que gracias al título por ella expedido ha logrado hacer fortuna, ve a su *Alma Mater* en angustiada situación económica, olvidando los compromisos y obligaciones que para con ella ha contraído, no acude a brindarle su ayuda espontánea y generosamente, deja de ser, por ello, digno de consideración y respeto. Los profesionistas que mediante tres o cuatrocientos pesos han logrado obtener un título universitario y que creen ahí terminada su obligación para con la Universidad, no son merecedores de ese título, pues que entienden bien poco, por conveniencia o por ignorancia, el alto significado de la palabra “universitario”. Sólo éstos malos universitarios pudieron haber dicho que la Universidad llegaba a ellos en busca de una limosna. ¡Como si una madre no tuviese pleno derecho de exigir de sus hijos auxilio para salvarse de la muerte! Por eso, confundir la actitud caritativa con el cumplimiento de una obligación es demostrar, a las claras, que la contextura moral de quien tal hace no es por demás sólida. De allí que la ayuda de los profesionistas de la Universidad sólo pueda ser calificada como limosna por aquellas gentes desprovistas de alta moral; de la que rige las conciencias sin necesitar para ello de la intervención de compromisos escritos y cubiertos con cien sellos.